Política planetaria

Susan Buck-Morss

La velocidad meteórica con la que las realidades planetarias se revelan hoy constituye una educación-por-shock. Estas realidades exigen atención y reformulan el significado del determinismo materialista. En la superficie, en el enfrentamiento entre Estados Unidos e Irán vemos un choque entre un tirano capitalista y una dictadura teocrática. Pero las imágenes proyectan algo más. Con el foco global puesto sobre la dependencia de los combustibles fósiles, puesta de manifiesto por el cierre del estrecho de Ormuz, reconocemos las irracionalidades económicas y políticas del orden global. Las distorsiones del poder político y la violación de las normas internacionales sobre el uso legítimo de la violencia en defensa de un recurso energético obsoleto quedan expuestas ante el mundo. El planeta es indiferente a los discursos políticos. Cuenta el tiempo en eones, no en mandatos presidenciales. El pensamiento planetario obliga a reconocer que los mapas cognitivos de la modernidad ya no tienen sentido. Ni las posiciones políticas conservadoras ni las liberales están a la altura de las exigencias del presente, porque esos imaginarios permanecen anclados en Estados-nación delimitados que separan la política —el ámbito de la agencia humana— de las realidades económicas y materiales, las cuales continúan obedeciendo las leyes del mundo natural.

Hegel comienza la *Fenomenología del espíritu* (1806) con una observación: "El espíritu ha roto con el mundo". Con ello quiere decir que las comprensiones comunes de la realidad, incluidos los valores culturales que alguna vez otorgaron legitimidad a las acciones humanas, ya no se sostienen. El joven Hegel describía con optimismo la transformación revolucionaria de su época, que llevaba de las relaciones feudales a las de la modernidad burguesa. Con la expansión imperialista del capitalismo, esta modernidad se convirtió en un orden global. Mi posición es simplemente que este orden, hoy desordenado, se está desintegrando y no puede ser rescatado, ni por la izquierda ni por la derecha, porque los propios términos «izquierda» y «derecha» han perdido poder referencial. Son términos preplanetarios.

Como habitantes de la Tierra volvemos a plantearnos la pregunta leninista: ¿Qué hacer? (Что делать?), porque dentro de los estrechos límites de nuestra eficacia y capacidad de acción, lo que hacemos —lo que hacemos juntos— importa. Primero: reconocer que las alternativas no se encuentran dentro de las binarias existentes de acción. La desintegración del viejo orden significa precisamente eso. Un orden que se derrumba no puede sostener lo nuevo. El mundo está hecho de fragmentos. Y, sin embargo, dentro de esos fragmentos hay astillas de posibilidad. Las descubrimos porque, cualesquiera sean las condiciones económicas o culturales que reflejen, ya provengan de la codicia capitalista o de la opresión política, muestran un rostro público, una potencialidad para que la humanidad trascienda los estrechos límites del presente. Podemos nombrarlas: tecnologías de internet que hacen posible un intercambio infinito de conocimientos; una ciencia orientada al sostenimiento de la vida en sus múltiples formas; formas de intercambio cultural basadas en la diversidad y, por tanto, inclusivas en su núcleo mismo; comunicaciones en un paisaje mediático que trasciende los confines de las antiguas lenguas imperiales y las jerarquías

1

de poder. Neofascismo, neoimperialismo: estos términos ya no son lo suficientemente radicales para nombrar la situación que nos define. Solo una visión planetaria será adecuada para percibir el mundo que ahora habitamos juntos.

No existe una única clase revolucionaria. Solo existe el reconocimiento de que todos nosotros, en todas partes, seguimos siendo arrastrados cada vez más profundamente hacia un sistema invivible. Un sistema que distorsiona la interdependencia humana en brutales estructuras de dominación inhumana. Nos vuelve cómplices de acciones moralmente repulsivas para los individuos y corroe éticamente a la sociedad. El éxito financiero aparece como una vía de escape, elevando a algunos por encima del conflicto. Las cercas y las fronteras proporcionan la ilusión de control, mientras que la desterritorialización del poder económico, más allá del alcance de la soberanía nacional, es desde hace tiempo consecuencia de los flujos irrestrictos de capital.

No existe un plano marxista para este momento histórico. Y, sin embargo, los textos de Marx siguen siendo leídos (¡accesibles gratuitamente en Marxists.org!) y las alternativas socialistas continúan siendo debatidas, porque los fracasos tóxicos para la vida humana del capitalismo financiero contemporáneo así lo exigen. Resulta notable cómo los pensadores críticos más innovadores siguen encontrando inspiración en las rupturas epistemológicas iniciadas por Marx: Sylvia Wynter sobre la acumulación permanente; el análisis de sistemas-mundo sobre el subdesarrollo; David Harvey sobre la acumulación por desposesión; Melinda Cooper sobre la familia neoliberal; y muchos otros (Andreas Malm, Jason Moore, Justin McBrien) sobre la devastación ecológica producida por los combustibles fósiles, por mencionar solo autores que escriben en inglés. Obsérvese que estas críticas no se basan en categorías discursivas excluyentes: clase o raza, clase o sexo, clase o identidades poscoloniales. Que las categorías identitarias sean fluidas constituye el gesto utópico del juego de género. Y, como siempre, lo personal es político. A quién se ama es político precisamente porque esa poderosa motivación afectiva, en la búsqueda de la felicidad, se rebela contra la represión excedente que caracteriza a los regímenes autoritarios. Por ello, las llamadas «guerras culturales» no son algo secundario: son centrales. No hay contradicción aquí, por más que los políticos de derecha intenten desviar la atención de las tomas de poder del capitalismo financiero hacia una guerra civil cultural. Cuando los ideólogos afirman que leyes ciegas a la raza garantizan resultados racialmente neutros, mientras promueven simultáneamente la pseudociencia de las diferencias raciales en el coeficiente intelectual; o cuando defienden el papel «natural» y cuidador de las mujeres en la familia para reducir la necesidad de guarderías, atención sanitaria o seguridad social financiadas públicamente, sabemos que estamos ante una contraofensiva dirigida contra los principios básicos de la democracia: libertad, igualdad y justicia para todos.

Además, la fuerza de estas luchas por la democracia cultural reside en su capacidad de resonar más allá de las fronteras nacionales. Poseen una resonancia planetaria. La única fuerza capaz de derrotar a la oligarquía global es una respuesta popular igualmente global. Y aquí encontramos una clave para comprender la agenda hipernacionalista mediante la cual las fuerzas capitalistas ejercen control político. La centralidad del odio antiinmigrante, la necesidad de replegar la vida cultural detrás de las fronteras nacionales, son requisitos indispensables para camuflar la amenaza que el capitalismo global representa para los Estados democráticos. La vulnerabilidad de las políticas «progresistas» cuando permanecen enfocadas en el nivel nacional es que, sin confrontar las estructuras globales de poder, resulta objetivamente imposible cumplir las promesas de bienestar social y bien común.

Este es el núcleo de la cuestión. El hipernacionalismo constituye el punto óptimo de ocultamiento para la transformación mediante la cual los intereses del capitalismo financiero no solo operan dentro de la política nacional, sino que avanzan hacia la apropiación de sus propias formas institucionales. Jared Kushner lo expresó sin rodeos cuando ocupaba un despacho en la Casa Blanca durante el primer mandato de Trump:

"Un país es una empresa". Esto debe entenderse literalmente. La afirmación es seria. El presidente de Estados Unidos es reimaginado como el CEO de la nación, que adquiere como activos de la empresa el ejército, la fuerza aérea, la marina, los marines y las fuerzas especiales tecnológicamente más avanzadas del mundo. Despliega, a costa de los contribuyentes, una milicia dedicada a la deportación de inmigrantes, leal a su voluntad, bajo la premisa de que los empleos de baja remuneración abandonados por los inmigrantes podrán ser ocupados por ciudadanos nativos considerados de «bajo coeficiente intelectual». Contrata y despide a voluntad. Nombra jueces federales formados en la lógica corporativa y presiona a los magistrados de la Corte Suprema designados por él para que otorguen al presidente-director ejecutivo un poder absoluto en el ejercicio de sus funciones. El control de las instituciones gubernamentales constituye el conjunto de activos que garantiza el éxito del director ejecutivo. Su acceso diario e ilimitado a la cobertura mediática nacional funciona como publicidad de marca en horario central, gratuita. Tiene además acceso exclusivo a tecnologías de vigilancia ultrasecretas. En suma, los poderes de un Estado soberano se transforman en activos privatizados de una empresa, otorgándole una ventaja inmensa frente a la competencia capitalista, porque esta compañía —una empresa familiar con Trump como director ejecutivo— controla la adjudicación de contratos y licencias y, mediante el poder de cada institución pública, promueve su propio «crecimiento» privatizado. Invierta en esta empresa y se hará rico; hará rica a su familia; hará ricos a sus aliados. Más aún, mantener la lealtad personal a la firma lo sitúa más allá del alcance de la persecución penal.

Esta forma de poder estatal es nueva. Los conservadores convencionales estaban en contra del "gran gobierno", defendían impuestos bajos y la eliminación de regulaciones. Esta nueva forma también elimina regulaciones, reduce impuestos y despide empleados federales, pero ofrece mucho más. Destruye las instituciones nacionales construidas para proteger lo público y las transforma en instrumentos de protección de objetivos privatizados de acumulación de ganancias. Aspira a eliminar la propia idea de una esfera pública que se oponga a la fantasía utópica de los mercados libres y a los intereses privados de lucro. Pero no lo hace para eliminar el Estado; estamos muy lejos del "anarco-capitalismo" de Peter Thiel. La toma hostil del Estado llevada adelante por Trump constituye un gigantesco acto de privatización. Está creando una superempresa, un Estado-corporación, un poder capitalista-soberano que subvierte las únicas instituciones capaces de limitar su poder mediante una oposición democrática organizada por los ciudadanos. Se trata de un crimen público en el sentido más extremo. No un crimen contra el público, sino un crimen destinado a destruir lo público, devorando la propia idea del bien común.

El siguiente objetivo consiste en adquirir subsidiarias y expandirse hacia mercados regionales. Este proceso se anunció mediante el intento de rebautizar el Golfo de México como "Golfo de América" y luego mediante la propuesta de comprar territorio soberano (Groenlandia) a un Estado ya existente (Dinamarca). El "arresto" del líder venezolano puso en escena una nueva forma de poder corporativo-soberano que se arroga la capacidad de castigar delitos y controlar recursos petroleros de un Estado antes soberano, violando impunemente los fundamentos del derecho internacional. Estos movimientos prefiguran un nuevo modelo de política exterior basado en la promoción de presidentes corporativos locales que perciben las ventajas privadas de colaborar con la empresa matriz: la figura mediática de Javier Milei en Argentina; José Antonio Kast en Chile; Bolsonaro y su hijo en Brasil. Y ahora, en Ecuador con Daniel Noboa, en Bolivia con Rodrigo Paz y en Colombia con Abelardo de la Espriella, Trump despliega quizás la más audaz de sus aventuras internacionales, utilizando la ventaja transglobal de su megaempresa para desafiar a las megaempresas transnacionales de los carteles de la droga en el terreno financiero opaco donde estos operan. Los carteles se han beneficiado de la manera en que las finanzas globales ocultan el origen y movimiento del dinero. Como revelaron los *Panamá Papers* en 2016,

también se benefician de ello los capitalistas evasores de impuestos y los políticos corruptos. Al prometer combatir a las bandas narcotraficantes con «mano de hierro» (*"iron fist"*) mediante una «cooperación de seguridad antinarcóticos», la red de Trump ocupa esos espacios criminales y elimina a la competencia.

Pero ¿cómo puede esta nueva forma privatizada de soberanía política alcanzar una victoria definitiva dentro de sistemas democráticos? ¿Cómo convencer a personas que poseen poder como ciudadanos para que renuncien voluntariamente a él? La siembra de desconfianza civil, la impugnación de resultados electorales y la difusión de teorías conspirativas son métodos ya ampliamente desarrollados. Las apuestas en línea convierten el capitalismo de casino en una práctica cotidiana. Se anima a los padres a concebirse como directores de una empresa familiar. Los multimillonarios inundan los procesos electorales. Los políticos respaldan la equivalencia entre dinero y mérito que parece justificar las desigualdades sociales. La tarea consiste en impedir que las personas reconozcan que, aunque individualmente su poder sea minúsculo —como ha predicado la imaginación neoliberal—, colectivamente son los propietarios ciudadanos de la nación. Son los guardianes del bien común. Solo ellos poseen el poder democrático necesario para rechazar las políticas de recompra impulsadas por este autoproclamado CEO del Estado-nación. La megaempresa de la soberanía privatizada no puede destruir el poder ciudadano cuando estos se unen en torno a un objetivo común.

No podemos permitirnos pensar hoy en términos nacionalistas. Esa es la sentencia de muerte de la democracia. Nuestro único (aunque inmenso) poder es planetario. Como habitantes de la Tierra, no podremos vencer reproduciendo las abstracciones de los discursos globales existentes. Nuestras luchas locales contra los ataques antidemocráticos —desde el asesinato de la activista ambiental Berta Cáceres en Honduras hasta el asesinato de Renée Good y Alex Pretti en Minnesota— deben alcanzar una audiencia de escala planetaria. Vimos la eficacia de la conciencia planetaria cuando la muerte de George Floyd a manos de la policía en Minneapolis desencadenó una movilización antirracista en numerosos puntos del planeta. Vimos algo similar en la incapacidad de millones de personas alrededor del mundo para permanecer indiferentes ante la destrucción de poblaciones desarmadas en Gaza, un genocidio perpetuado sin remordimientos por Netanyahu, plenamente alineado con el modelo trumpista de soberanía estatal convertida en megaempresa. De hecho (una vez más, gracias a Kushner), los objetivos de los *«Acuerdos de Abraham»* (*"Abraham Accords"*) —cuyo nombre, dicho sea de paso, constituye un brillante ejemplo de *branding*— fueron anticipados por la conversión de Trump en director ejecutivo vitalicio de su propio Consejo de la Paz. El objetivo de los Acuerdos de Abraham es la fusión del poder político con los intereses empresariales en la región, donde los llamados «fondos soberanos» (a diferencia de su forma de inversión pública en países como Noruega) son literalmente fondos a disposición del soberano (el modelo que inspira la propuesta de Trump de crear un "Fondo contra la Instrumentalización" (*Anti-Weaponization Fund*) de 1.776 billones de dólares para compensar a sus partidarios condenados por infringir la ley). Las naciones que se incorporaron al Consejo de la Paz de Trump compraron su membresía por mil millones de dólares estadounidenses. No comparten compromiso alguno con la democracia. En las cinco «naciones» que conforman los Emiratos Árabes Unidos, solo el 12 % de la población posee ciudadanía. Los otros once millones de residentes tienen negado el acceso a un estatus permanente sin importar cuánto tiempo hayan vivido allí. Obsérvese que, a escala global, las naciones soberanas convertidas en megaempresas capitalistas están dispuestas a competir entre sí por la hegemonía siguiendo el más puro estilo de la Escuela de Chicago. Pero ahora resulta evidente que, a menos que se disponga de los «activos» de un Estado-nación en el bolsillo, no se poseen las condiciones necesarias para triunfar (en este punto, la nación-megaempresa converge con el modelo chino de socialismo estatal autoritario).

La idea del Estado como superempresa parece extravagante. Pero aún más notable es el hecho de que Trump, con su siniestra brillantez, esté aprovechando la coincidencia de cumplir ochenta años justo cuando la nación cumple doscientos cincuenta para escenificar una serie de espectáculos que dramatizan esta apropiación del Estado-nación más poderoso del mundo como si fuera su propia corporación capitalista-soberana. Está colocando su firma manuscrita en el dinero estadounidense. Está inundando internet con los especulativos "mercados de predicción Trump". Está construyendo monumentos permanentes a este punto de inflexión definido por él mismo, a este ataque masivo contra la democracia, la moral pública y el Estado de derecho. Esta performance *MAGA*, destinada a celebrar la fusión de su megaempresa con el poder soberano de Estados Unidos en todas sus capacidades, pretende transformar hasta volver irreconocible el patrimonio cultural de ambos hemisferios americanos, cuyos pueblos han compartido una lucha imperfecta pero extraordinaria por la justicia social, la igualdad racial y el gobierno democrático.

A Trump no le importan las elecciones de medio término ni el destino final del Partido Republicano. ¿Quién necesita tener partidos nacionales de su lado cuando puede dañar de tal modo la esfera pública, infectar tan profundamente el discurso político con la propagación sistemática de mentiras flagrantes, que termina por nublar la percepción ciudadana de los peligros reales y vuelve el debate político completamente incoherente? En efecto, ¿quién necesita a la nación cuando puede desprenderse de ella como de un cohete propulsor una vez alcanzada la estratósfera del megapoder? A través de una representación triunfalista y de una exhibición de magnificencia propia de un parque temático, se escenifica precisamente aquello que se está intentando realizar: el derrocamiento de la soberanía del Estado-nación para instaurar un nuevo modelo de soberanía corporativa, en el cual cualquier acto de protesta contra la oligarquía en nombre del control democrático recibe inmediatamente el calificativo de traición y el título de "enemigo del Estado".

Nos encontramos al final de la era de los "neos" y de los "post". Ni neoliberalismo ni poscolonialismo. Solo una imaginación planetaria puede impulsarnos hacia adelante. Una economía verde. Un mercado que haga honor a las intuiciones fundamentales de Adam Smith acerca de la depravación moral de los mercados desregulados. Sistemas de inteligencia artificial desarrollados para el bien común y programados para mostrarnos una salida frente a la oligarquía. Formas de codificación que nos liberen de las categorías identitarias y cancelen las definiciones alucinatorias de "nosotros" y "ellos". La sustitución de la vigilancia gubernamental por una vigilancia pública capaz de exponer a quienes buscan operar invisiblemente en el ciberespacio y permanecer impunes.

Estamos preparados para ello. Los seres humanos siempre han estado preparados para ello. Pero no podemos desarrollar esta capacidad dentro de las viejas estructuras de la vida. Aunque todavía no seamos capaces de vivir plenamente de esta nueva manera, podemos verla. Eso es la claridad planetaria. Requiere coraje, esperanza y amor. Actuamos todavía desde nuestros antiguos roles, pero de formas que despejan un espacio para lo nuevo.

NOTA DE EDICIÓN

Natalia Taccetta

El número 22 de *Papel Máquina* estuvo dedicado a la obra de Susan Buck-Morss, una de las figuras más relevantes de la teoría crítica y el pensamiento político contemporáneos. En ese marco se inició una conversación en torno a algunos de sus principales interlocutores teóricos, a sus lecturas de Walter Benjamin y a las orientaciones metodológicas que atraviesan sus trabajos más recientes. Meses después de aquella publicación y en un contexto marcado por la constante reconfiguración del escenario global bajo el avance de las ultraderechas, retomé el diálogo con Buck-Morss para indagar acerca de las crecientes dificultades que enfrentan hoy la imaginación emancipatoria y las políticas de reconocimiento. Su reflexión desvela tanto la urgencia de volver a sus textos como la necesidad

de seguir interrogando las imágenes capaces de ofrecer, aunque sea de manera escorzada, una comprensión crítica de nuestro presente.

El texto de Buck Morss que aquí se presenta pone de manifiesto la lucidez analítica y la densidad conceptual de una pensadora empeñada en comprender las transformaciones contemporáneas más allá de las categorías heredadas y las racionalidades conformistas. Buck-Morss sostiene que nociones fundamentales de la modernidad política —como "Estado-nación", "izquierda", "derecha" o incluso "capitalismo", entre tantas otras— resultan cada vez más insuficientes —en efecto, son "preplanetarias"— para dar cuenta de las dinámicas que configuran el presente. Frente a este diagnóstico, la autora propone una noción central: la de una "política planetaria". Esta idea funciona en sus palabras al mismo tiempo como categoría hermenéutica y como horizonte de intervención política, en un momento histórico atravesado por la financiarización global, la mutación constante de las formas de soberanía y la creciente interdependencia de los procesos sociales, económicos y ecológicos.

Lejos de implicar un abandono de la tradición marxista, su perspectiva recupera la potencia metodológica de Marx para analizar las nuevas modalidades de acumulación, dominación, exclusión y explotación que caracterizan al capitalismo contemporáneo. Esto pone de manifiesto una vez más que, como querría Walter Benjamin, cuando las formas históricas de experiencia entran en crisis y los marcos heredados dejan de ofrecer orientaciones significativas, se vuelve indispensable construir nuevos mapas cognitivos capaces de otorgar legibilidad al mundo y abrirse a las condiciones de posibilidad para una renovada imaginación de lo posible.

El texto de Buck-Morss no ofrece promesas de redención ni garantías históricas. Sin embargo, en una clara resonancia benjaminiana, sostiene la convicción de que incluso en los paisajes ruinosos es posible reconocer latencias políticas que podrían encender otras formas de habitar lo común. Dicho sucintamente, propone que, allí donde parece imponerse únicamente la devastación, persiste aún la obstinación de y por la vida política. BL